

Reconsideraciones sobre la Guerra entre México y los Estados Unidos

Josefina Zoraida Vázquez
El Colegio de México

La guerra entre México y Estados Unidos es tema traumático para los mexicanos. Sin reconocer su inevitabilidad, se le ha interpretado como pérdida total, una muestra de la debilidad del México posindependentista.

México apareció como país independiente sin la suerte que el destino reservó a los Estados Unidos. Éstos habían contado con aliados en su lucha indenpentista contra una Gran Bretaña aislada diplomáticamente, en una guerra ni muy larga ni muy sangrienta y terminada con el reconocimiento formal del nuevo país a escasos siete años. La suerte le concedió además otras bendiciones. Al tiempo de aprobarse su segunda Constitución, se desató la Revolución Francesa que crearía veinticinco años de conflictos en el sistema internacional. De esa manera, el nuevo Estado pudo experimentar su nuevo sistema de gobierno sin la interferencia de los poderes europeos, aprovechar su estatus de poder neutral para comerciar con los contendientes, pagar la deuda de la guerra de independencia, beneficiarse con la emigración que arrojaban los beligerantes y aprovechar la oferta de Napoleón en 1803 de comprar la Luisiana.

En 1804, los Estados Unidos y el Reino de la Nueva España eran comparables en territorio y población. Mas el otrora rico reino, puente entre continentes, cuya minería lo había hecho legendario, con una agricultura, una ganadería y un comercio florecientes, entraba en una lenta bancarrota debido al costo de las desacertadas guerras de su metrópoli y de las reformas realizadas para modernizar el Imperio para obtener mayores recursos de los reinos americanos. Para principios del siglo XIX, la Nueva España empezaba a dar muestras de descapitalización, situación que habría de agravarse con la larga y sangrienta guerra de independencia, enfrentada sin aliados y que, además de fragmentar su sociedad y su territorio, arruinaría su economía y le haría perder la mitad de la fuerza de trabajo.

Por si fuera poco, el nuevo Estado entró al concierto de las naciones en un momento poco propicio. España, fortalecida por la Santa Alianza y el legitimismo surgido en el seno del Congreso de Viena, pudo amenazar constantemente a su ex-colonia, a la que no reconoció sino quince años más tarde, forzándola a endeudarse.

En circunstancias poco propicias, el nuevo Estado inició la búsqueda del sistema de gobierno que iba a regirla y el liberalismo que le sirvió de guía, resultó una fuerza desestabilizadora como en otras partes. Por si fuera poco, la importancia que tenía el país para el comercio o para las ambiciones territoriales de las nuevas potencias económicas, la haría víctima de amenazas constantes y de interferencia en sus asuntos internos. Así, la aquejó una inestabilidad muchas veces fomentada por comerciantes y ministros extranjeros.

La utopía de Texas y sus resultados

México heredó un gran territorio de la Nueva España, pero poblado de manera desigual y los habitantes se concentraban en el centro y en el sur. Testigo de los buenos resultados que había obtenido su vecina del norte, trató de colonizar los territorios fronterizos. Ofreció

generosas condiciones, pero limitó la admisión a colonos católicos, prohibió la esclavitud y la venta de las tierras concesionadas y exigió el respeto a sus instituciones, que en el momento de la primera y más importante concesión, eran monárquicas y centralistas, lo que deslegitima posteriores protestas por la intolerancia religiosa y el cambio de sistema gubernamental. En realidad, las verdaderas causas de la independencia de Texas fue el antiesclavismo mexicano, los intereses de los especuladores y expansionistas norteamericanos y la apertura de las primeras aduanas.

El fracaso del experimento texano provocó una gran amargura. El gobierno había hecho toda clase de esfuerzos para sentar bases privilegiadas que permitieran liberar la fértil área del norte, de todos los problemas heredados del colonialismo y convertirla en un área de progreso que enriqueciera a la nación y sirviera de modelo para el desarrollo de todo el septentrión. Por eso se habían concedido privilegios y excepciones que los texanos no aquilataron. Pero no sólo se atrevieron a enajenar la tierra recibida, sino que reclamaron fronteras que Texas nunca había tenido y desataron toda una campaña de descrédito contra México, para convencer al público norteamericano que su lucha era un paralelo de la gesta del 1776. La campaña fue tan exitosa que todavía se atribuye la independencia texana a una “lucha por libertad”, contra la instauración del centralismo y la dictadura militar. Se pasa por alto que paradójicamente extendiera el área de la esclavitud. A más de 150 años es imprescindible despejar los mitos y comprender el pasado.

Era natural que el asunto de Texas afectara las relaciones entre México y los Estados Unidos, sobre todo por las viejas ambiciones que tenían sobre el territorio de Texas desde la compra de Luisiana, pero también por el apoyo popular a la lucha texana, con el patente disimulo de las autoridades norteamericanas. Es probable que los mexicanos confundieran la opinión pública con la acción gubernamental, pero no faltaban bases para ello, pues el presidente Jackson se declaró neutral, pero sin aplicar las leyes de neutralidad vigentes

y ordenando en forma provocadora la movilización del ejército del general E. P. Gaines frente a la frontera del río Sabinas, con autorización de adentrarse “hasta Nacogdoches, en caso de necesidad”,¹ lo que llevaría a cabo. El ministro mexicano, Manuel Eduardo de Gorostiza presentó constantes protestas ante el gobierno norteamericano que las ignoró o justificó por la necesidad,² causa inevitable de la ruptura de relaciones.³

Un medio de presión: las reclamaciones

Por otra parte, el segundo ministro norteamericano, el especulador texano Anthony Butler, empeñado en lograr la deseada venta de Texas, había acumulado reclamaciones de sus conciudadanos y presionaba por su pago. Las reclamaciones eran una maraña de diverso orden. Algunas databan de la época colonial y de la lucha independentista y muchas eran a todas luces inaceptables. La mayor parte atañían al área comercial y fiscal: préstamos forzosos, doble cobro de impuestos, daños en propiedad durante disturbios; otras se relacionaban con el ejercicio de la justicia ante la conducta de sus nacionales: acusaciones de concubinato, asesinato, participación en invasiones o introducción de efectos no prohibidos expresamente, como en el intento de un capitán norteamericano de descargar una nave cargada de moneda falsa de cobre.

El gobierno mexicano insistía que las reclamaciones se presentaran ante sus tribunales y sólo ante la denegación de justicia, los casos se presentaran diplomáticamente, pero franceses y norteamericanos no sólo se negaron, sino que ni siquiera discriminaron las reclamaciones. El Foreign Office británico, en cambio, las revisó y

¹ Don Manuel Eduardo de Gorostiza y la cuestión de Texas. México, SRE, 1924, 51-59.

² Dickins a Gorostiza, 13 de octubre, 1836. Citado por Rives, *op. cit.*, I, p. 380.

³ *Correspondencia que ha mediado entre la legación extraordinaria de México y el Departamento de Estado de los Estados Unidos sobre el paso del Sabina por las tropas que mandaba el general Gaines*. Filadelfia, 1836.

exigió sólo el cumplimiento estricto cuando se trataba de violación de convenios o garantías amparadas por el tratado entre los dos países e instó a sus nacionales a presentarlas ante los tribunales mexicanos.

Durante la guerra de Texas, el secretario John Forsyth instruyó al nuevo ministro, Powathan Ellis, a presionar el inmediato pago de las reclamaciones, esperando que la comprometida situación, convencería al país a vender la provincia. Jackson pensaba que había razones suficientes para justificar “a los ojos de todas las naciones, una guerra inmediata”, pero el Senado prefirió pedir las pruebas de los agravios, pero no se pudo evitar la ruptura de relaciones.⁴ La presión de los abolicionistas obligó a Jackson a descartar la anexión de Texas y retardar el reconocimiento, según mencionó en su mensaje anual de 1836, para evitar la suspicacia de los otros países,⁵ pero antes de entregar el mando a su sucesor, el 7 de marzo de 1837, el presidente reconoció a la nueva República.

La depresión económica y los enfrentamientos partidistas dieron un respiro a México y los Estados Unidos aceptaron en 1838 la oferta del Ministro de Relaciones Exteriores, Luis Gonzaga Cuevas, de someter las reclamaciones a arbitraje. La negociación de criterios y condiciones del arbitraje se ultimó en 1839. El Tribunal lo constituirían dos mexicanos, dos norteamericanos y un representante del Rey de Prusia. Las reclamaciones presentadas importaban 7 585 114 pesos que quedaron reducidas a 2 016 139.⁶ El gobierno norteamericano se negó a incluir las reclamaciones mexicanas, por su “carácter nacional”, lo que inició la práctica de dejar las mexicanas, relegadas y sin reparación. En 1842, al concluir el arreglo de la primera convención, ya había otras nuevas que requirieron una nueva, firmada en 1843.

⁴ Callahan, pp. 92-93.

⁵ Jackson al Congreso. Washington, 21 de diciembre de 1836, Richardson, *op.cit.*, IV, 1484-1488.

⁶ Francisco de Arrangóiz, *México desde 1808 a 1867*. México. Porrúa, 1974. p. 308.

El interés de Francia y Gran Bretaña por el comercio texano y la posibilidad de detener el expansionismo norteamericano, le dieron una dimensión internacional al asunto texano, por lo que para fines de 1840 habían reconocido a la nueva república. Los británicos aceptaron convertirse en mediadores con México para lograr el reconocimiento, con el estímulo de que la indemnización ofrecida a México, les sería entregada a cuenta de la deuda mexicana. México estaba inclinado a concederlo, convencido de la imposibilidad de reconquistar la provincia perdida, pero el clamor público por las agresiones texanas en el Golfo y el expansionismo de la República que intentó anexarse Nuevo México en 1842, lo impediría.

El expansionismo y el espejismo de California

Para ese momento, empezaba a hacerse patente la fiebre expansionista que el presidente Tyler aprovechaba para alcanzar popularidad. La prensa y la retórica política norteamericana no tenían la menor restricción. Curiosamente, el general Santa Anna, que gobernaba por entonces, también recurrió a una retórica belicosa, lo que volvió a deteriorar las relaciones México-Estados Unidos y ahora de manera progresiva, pues no faltaron ni incidentes, ni pretextos, como el apresamiento de los aventureros norteamericanos que habían participado en la expedición a Nuevo México, lo que provocó el bloqueo de Estados Unidos al puerto de Veracruz.

Santa Anna, por otro lado, estaba convencido de la posibilidad de que Texas volviera a anexarse a México, a cambio de una amplia autonomía como la que concedida a Yucatán. Los texanos, apremiados por las deudas, deseosos de negociar se atrevieron a ofrecer un soborno a Santa Anna. En una carta enviada por conducto del ministro británico, a la indemnización de un millón de pesos que los texanos ofrecían a México, agregaban 200 000 dólares “como obsequio a los agentes de México que sean instrumentales en facilitar un arreglo entre las dos naciones”.⁷ No lograron otra cosa que

⁷ *Pakenham a Aberdeen*, 17 de febrero de 1842, PRO FO 50, 153, 143-146.

apenar al ministro Pakenham que fue el intermediario de la enojosa oferta. El presidente, Houston, que tramitaba la anexión a Estados Unidos, por su parte se mostraba ansioso de ganar tiempo y ofreció un armisticio;⁸ apenas negociado, el 22 de febrero de 1844, Houston lo denunció al haber asegurado la anexión a Estados Unidos.

California, tierra prometida

Al problema texano se había sumado el peligro que corría California. Desde 1836, el presidente Jackson le había comunicado a Santa Anna su interés por comprar el norte de California con la bahía de San Francisco en 3.5 millones de dólares. El interés hizo que el Departamento de Marina, entre 1838 y 1842, inspeccionara la costa del Pacífico. Las cartas y publicaciones de norteamericanos establecidos, del vicecónsul británico, Alexander Forbes y de viajeros ocasionales como el francés Eugene Duflot de Maufras, al difundir las riquezas de la región, alimentaron el deseo anexionista.⁹

En la imaginación popular de todas las regiones de Estados Unidos, el oeste parecía la respuesta a sus sueños, por lo que se exigía la incorporación del Oregón y del norte de California, contagiando al secretario de Estado Daniel Webster,¹⁰ a quien el ministro en México había asegurado que México canjearía Texas y California por las reclamaciones norteamericanas.

A los intentos abiertos, se sumaron los planes secretos, cuya prueba está el incidente provocado por el comandante del Escuadrón

⁸ Pakenham a Aberdeen, 23 de marzo de 1843, Public Record Office, Londres, Foreign Office50, 161, 127-131 (en adelante PRO F050).

⁹ Entre ellos, las conferencias y artículos publicados por John J. Warner durante su visita al este en 1840-1841, que predicaba la incorporación del territorio y la construcción de un ferrocarril transcontinental para evitar que cayera en manos británicas. Alexander Forbes publicó un libro en el que ensalzaba clima, recursos y puertos y se avocaba por que Gran Bretaña se apoderara del territorio.

¹⁰ El ministro Waddy Thompson le hacía el entusiasta comentario: "Texas tiene poco valor comparado con California, la tierra más rica, la más hermosa y saludable".

Naval en el Pacífico, Thomas Ap Catesby Jones que el 19 de octubre de 1842 ocupó sorpresivamente el puerto de Monterrey, ante la noción “errónea” de que existía estado de guerra entre los dos países. El ministro Waddy Thompson explicó al gobierno mexicano que había actuado sin instrucciones, pero nunca fue sancionado.

Nadie intentaría soslayar la responsabilidad del gobierno mexicano que, por falta de recursos, mantuvo abandonado el remoto y deshabitado departamento. Las escasas tropas que lo vigilaban carecían de armas, uniformes, alimento y, por supuesto, de sueldo. El abandono atizó movimientos federalistas, en los que se sospechó intervención norteamericana. El gobierno mexicano trató de prohibir la residencia de norteamericanos en los departamentos del noroeste,¹¹ pero Thompson y otros diplomáticos alegaron que violaba los tratados vigentes¹² y la medida tuvo que ser abolida.

México no podía detener la avalancha expansionista. La marcha hacia el oeste, iniciada desde la fundación de las colonias, desde tiempos de Jefferson empezó a estar coordinada desde la Casa Blanca y para la década de 1840 se había convertido en doctrina y bandera de los partidos. Texas se consideraba un fruto maduro que todos esperaban ver caer. En cambio, en medios comerciales y políticos privaba la idea de que California bien valía una guerra, aunque todavía se confiaba en que la pobreza del erario, obligara al gobierno mexicano a venderla.

Anexión, causa de guerra

Para fines de 1843, aunque los planes anexionistas se habían consolidado, Texas provocaba disensiones entre los partidos y las regiones, a causa del esclavismo. Dentro de ese marco, los rumores

¹¹ Tornel al gobernador y comandante general de Sinaloa. 4 de julio de 1843. PRO FO 50, 165, 101-102.

¹² Bocanegra a Thompson, 21 de julio y 23 de agosto de 1843, William R. Manning, *Diplomatic Correspondence*. VIII, pp. 547-548 y 555-557.

sobre proyectos abolicionistas británicos, iban a proporcionar la justificación al anexionismo. Un agente texano llegó afirmar que los británicos pretendían convertirla en “un refugio de esclavos fugitivos de los Estados Unidos y después en una nación negra, una especie de Haití”.¹³ Las disenciones entre el norte y el sur, presentaban a los anexionistas el dilema de que la anexión no fuera asociada con la esclavitud y con una guerra con México. El secretario Abel Upshur logró evitar toda retórica belicosa y se concentró en negociar con el ministro mexicano, al que trató de convencer que Estados Unidos tenían que anexarse Texas para neutralizar la influencia inglesa, los problemas del contrabando y de los esclavos fugitivos, pero que México obtendría “total justicia”, en su compensación por la pérdida de Texas. El ministro Juan N. Almonte interpretó esto positivamente, como prueba de que los Estados Unidos reconocían los derechos mexicanos sobre Texas.¹⁴ De acuerdo con esa tónica, en el mensaje de 1843, Tyler no mencionó los “agravios” mexicanos, sólo la interferencia británica. Mas Upshur murió en un accidente y su sucesor, el líder y teórico del esclavismo, John C. Calhoun, tenía prioridades diferentes y se empeñó en solucionar la exigencia de Houston de que los Estados Unidos garantizaran la defensa de Texas en caso de ataque mexicano y aunque sobrepasaba las facultades constitucionales del ejecutivo, se comprometió¹⁵ y el 12 de abril se firmó el tratado para someterlo al senado.

Calhoun trató de mantener una actitud conciliadora con México y le preguntó a Almonte si México aceptaría una compensación. El ministro mexicano contestó que era posible si se le garantizaban las fronteras vigentes, es decir, el Río Nueces. Pero al firmarse el trata-

¹³ Smith a Calhoun, 19 de junio de 1843, citado por David Pletcher, *The Diplomacy of Annexation, Texas, Pregón and the Mexican War*. Columbia, University of Missouri Press, 1973, p. 80.

¹⁴ Rives, *op.cit.* I, 600-601.

¹⁵ *Ibidem.*, pp. 608-609.

do, Almonte consideró que el no haber consultado a México, en un asunto que le concernía, hería la dignidad nacional. Calhoun le ofreció enviar un agente a explicar la situación. Almonte confiaba que el tratado no se aprobaría y que, en caso de guerra, México contaría con el apoyo de dos y medio millones de esclavos rebeldes, negros libres, indios y abolicionistas, pero recibió instrucciones de que si se aprobaba la anexión, presentara una protesta vigorosa y pidiera sus pasaportes.¹⁶ Para explicar la posición norteamericana, Calhoun eligió al coronel Gilbert Thompson, a quien se instruyó expresar interés en la adquisición de otros territorios. La visita de Thompson a Santa Anna, sirvió para que éste decidiera organizar una expedición a Texas y envió un mensajero para solicitar fondos, al congreso que le era hostil.

El Conde de Aberdeen, ministro británico de Asuntos Extranjeros, que promovía el reconocimiento mexicano de Texas, en un despacho al ministro en Washington, sintetizaba la posición británica. El interés británico en el reconocimiento de México lo dictaban los beneficios que daría al comercio, sin el menor designio de dominio; en cambio lo estaba en “ver abolida la esclavitud”. Estas palabras provocaron que Calhoun hiciera una confesión abierta de credo esclavista, la que condenó al fracaso al tratado, rechazado el 8 de junio por el senado. Tyler no se dio por vencido y envió el documento a la cámara de representantes para buscar una alternativa, mientras la noticia hacía a Santa Anna, con su acostumbrada imprevisión, abandonar la organización de la expedición a Texas.

Para entonces, el candidato demócrata a la presidencia, James K. Polk, había logrado conjugar la simpatía del norte y del sur al clamar por “la **reanexión** de Texas” y la “**reocupación** de Oregón”. California no se mencionaba, pero los expansionistas empezaban a invadirla.

En momentos tan delicados, la situación política mexicana volvió a dar muestras de inquietud y la postergación de la campaña de

¹⁶ Bocanegra a Almonte, 10 y 30 de mayo de 1844. Pletcher, *op. cit.*, p. 154.

Texas dio pretexto para una revolución cívica que hizo caer al gobierno de Santa Anna el 6 de diciembre de 1844. Unos días antes, el ministro británico había logrado convencer a Santa Anna a fijar las condiciones del reconocimiento de Texas, advirtiéndole el peligro que significaba para California el expansionismo norteamericano.¹⁷ En una entrevista con el ministro mexicano el 29 de mayo de 1844, el Conde de Aberdeen había llegado a ofrecer la garantía franco-británica para la frontera mexicana, a cambio del reconocimiento de Texas, que se comprometía a no anexarse a otro país,¹⁸ pero Santa Anna fue incapaz de percatarse del alcance de la oferta y cuando lo aceptó en noviembre, era tarde.

Para febrero de 1845, el Congreso norteamericano había discutido aprobar el tratado de anexión Resolución Conjunta de las dos cámaras, como si fuera asunto interno. Al enterarse, Aberdeen y su ministro en México decidieron hacer un último intento e instaron de nuevo al gobierno mexicano. Los agentes de Gran Bretaña y Francia en Texas lograron que Texas solicitara el reconocimiento mexicano el 29 de marzo de 1845, comprometida a no anexarse a otro país y a someter a un arbitraje el desacuerdo sobre las fronteras. El propio agente británico condujo el documento a bordo de un barco francés y luego volvió con el documento mexicano. Este llegó en un ambiente impregnado de anexionismo y el 21 de junio fue rechazado al aprobarse la anexión que fue ratificada por una convención en julio.

Al llegar la noticia oficial de la resolución conjunta, el ministro de Relaciones Luis Gonzaga Cuevas comunicó al representante norteamericano la decisión del gobierno de México de interrumpir las relaciones.¹⁹

¹⁷ Bankhead a Aberdeen, 29 de noviembre, 1844. PRO, FO 50, 177, 76-82 y Josefina Zoraida Vázquez, "Santa Anna y el reconocimiento de Texas". *Historia Mexicana*, XXXVI:3 (1987), pp. 553-562.

¹⁸ Aberdeen a Banhead, 3 de junio de 1844, PRO FO 50, 172, 33-36; Memorándum, 31 de mayo de 1844, *Ibid.*, 180, 21-25.

¹⁹ Cuevas a Shannon, 2 de abril de 1845, PRO FO 50,185, 6-7.

La noticia de la anexión y el intento fallido mexicano selló la suerte del mejor gobierno que había regido a México desde la independencia. Para los norteamericanos, ahí terminaba la cuestión de Texas, pero no para los mexicanos. Carente de recursos, el gobierno mexicano trató de prepararse para la guerra que anunciaba el expansionista James Polk en la Casa Blanca. Su agente especial en Texas, Robert Stockton, aparentemente buscó la forma de que se provocara una guerra con México, para que Estados Unidos se vieran forzados a intervenir en defensa del nuevo estado.²⁰

La fiebre del “Manifest Destiny” permeaba el ambiente y aunque los comunicados oficiales afirmaran que se abstendrían de actos hostiles contra México, todo parecía desmentirlos. La retórica tramposamente hablaba de “resistir la invasión” mientras las flotas de guerra norteamericanas se presentaban frente a puertos mexicanos en las dos costas y el movimiento expansionista, bajo la inspiración de Polk llegó por entonces al paroxismo y consolidada la anexión de Texas, clamaba por todo el Oregón (54o 40’or fight!). En su discurso inaugural, Polk afirmaba que los títulos al Oregón eran incuestionables y los norteamericanos se preparaban “para ratificarlos ocupándolo con sus esposas e hijos”.²¹ Esto despertó una esperanza mexicana en una guerra entre Gran Bretaña y Estados Unidos, pasando por alto la advertencia británica constante de que en caso de un enfrentamiento, mantendrían la neutralidad.

Consumada la anexión de Texas, todos sabían que California era la verdadera meta de Polk. Su situación era débil, con apenas una población de 24, 800 mexicanos, divididos políticamente. A los 680 extranjeros, empezaron a unirse los que la invadían por todos lados. Como en el caso de Texas, los expansionistas insistían en la necesidad de intervenir para evitar que la rica provincia se convirtiera en protectorado británico.

²⁰ Glenn W. Price, *Origins of the War with México: the Polk Stockton Intrigue*. Austin, University of Texas Press, 1967.

²¹ Richardson, *op.cit.*, IV.

En México se vio con pesimismo el destino de California y se llegó a sugerir en el Congreso la conveniencia de venderla o cederla a Gran Bretaña a cambio de la deuda. El ministro mexicano en Londres aconsejó formar con ella un estado independiente garantizado por Francia y Gran Bretaña y el cónsul británico Erwin Mackintosh se atrevió a elaborar un ambicioso proyecto para una concesión de 20 años para colonizar y explotar minas, pesquería, agricultura e industria en California, por la que estaba dispuesto a pagar 10 millones de pesos.

A pesar de lamentar la ocupación norteamericana de California, Aberdeen mantuvo como prioridad “el equilibrio europeo” y su deseo de no comprometer la cuestión del Oregón,²² de manera que se limitó a aconsejar que México evitara declarar la guerra para que los Estados Unidos “no tuvieran derecho a ocupar ninguna parte de su territorio”.²³

Camino inexorable hacia la guerra

Los norteamericanos consideraban la cuestión de Texas como asunto concluido, pero “lamentando sinceramente que el gobierno de México se hubiera ofendido”, decidieron enviar a William Parrot como agente confidencial para convencer al gobierno mexicano de que era en “el verdadero interés de su país... renovar relaciones amistosas”²⁴. Parrot no logró acercarse al gobierno, por lo que en septiembre Buchanan ordenó al cónsul norteamericano que averiguara si el gobierno mexicano recibirla un comisionado especial.²⁵ Dada la comprometida situación mexicana, tanto interna como externa, el ministro mexicano aceptó la oferta, pero insistió en que

²² Murphy a Relaciones, 1 de febrero de 1846, *ibidem*, pp. 62-64.

²³ Murphy a Relaciones, 1 de agosto de 1845. Antonio de la Peña, *Lord Aberdeen, Texas y California*. México, SRE, 1935, pp. 36-38.

²⁴ Buchanan a Parrott, 28 de marzo de 1845. Carlos Bosch García, *Las reclamaciones, la guerra y la paz*. México, UNAM, 1985, pp.474-476.

²⁵ Buchanan a Black, 17 de septiembre de 1845. Bosch, *op.cit.*, pp. 584-585.

sólo se recibiría un **comisionado** “con plenos poderes... para **arreglar** de un modo pacífico, razonable y decoroso la **contienda presente**”, y que se retirara la totalidad de “la fuerza naval que está a la vista en nuestro puerto de Veracruz”.²⁶

El secretario de Estado eligió a John Slidell, pero le dio a su misión el carácter de **enviado y ministro plenipotenciario** para arreglar las reclamaciones norteamericanas, “que habían puesto a prueba la paciencia de los Estados Unidos”. Se le instruyó que puesto “que es hecho bien sabido a todo el mundo que el gobierno mexicano no está en condiciones de satisfacer estas reclamaciones por pago directo”, podría cumplir con ellas con un ajuste de la frontera y el pago lo asumiría el gobierno norteamericano. Aunque insistían en que la frontera justa era el Río Grande, **tanto por la declaración del Congreso texano en 1836 como por haber sido parte de la vieja Luisiana**, se ofrecía que si México aceptaba la línea del río Bravo, desde su desembocadura hasta su nacimiento, los Estados Unidos asumirían las reclamaciones. A cambio de la parte de Nuevo México al este del Río Grande, el presidente ofrecía cinco millones. El segundo punto de “gran importancia para los Estados Unidos” era la obtención de California, antes de que Gran Bretaña y Francia se apoderaran de ella. Se intruía también a Slidell restaurar las relaciones amistosas que habían existido y contrarrestar la influencia europea contraria a Estados Unidos²⁷ y como “materia de suma importancia”, averiguar los designios de México para ceder California a Gran Bretaña y Francia, porque:

la posesión de la bahía y puerto de San Francisco es de gran importancia para E.U.. California es apenas nominalmente parte de México... el presidente desea que Ud. ponga sus mejores esfuerzos en obtener una cesión de esa provincia... El dinero no será problema, comparado con el valor de la adquisición... el presidente no dudará en dar, además de el pago de las reclamaciones... veinticinco millones

²⁶ De la Peña a Black, 15 de octubre de 1845. Bosch, *op. cit.*, pp.613-623.

²⁷ Rives, *op. cit.*, II, pp. 67-69.

de dólares por la cesión... No necesito prevenirlo de que no vaya herir la vanidad nacional... sería difícil que hubiera un problema de honor entre los E.U. y un poder tan débil y degradado como México.²⁸

Slidell no podía llegar en peor momento. El movimiento de tropas norteamericanas hacia el río Grande y la aparición de la escuadra frente a los puertos del Golfo habían inquietado la opinión pública, justo al momento en que un movimiento militarista, en connivencia con la conspiración monarquista patrocinado por la corona española, estaba a punto de derribar al gobierno constitucional. Este, debilitado por los rumores de que recibiría al agente norteamericano para **vender** Texas y California, esperaba un comisionado especial para aclarar la situación creada por la anexión de Texas, pactar la indemnización y reanudar relaciones. Los puntos de vista no podían ser más distantes, pues para el secretario de Estado Buchanan el asunto de Texas era “materia cerrada y no debía convertirse en cuestión”, su único objetivo era la compra de territorio.

El gobierno deseaba evitar la guerra, pero le era imposible recibir a Slidell. Este decidió esperar a que el nuevo gobierno fuera más receptivo, pero sus esperanzas resultaron vanas, pues éste tampoco lo recibió.

En vísperas de la guerra inevitable

México se encontraba en la peor encrucijada de su historia. A la bancarrota total y el acoso de sus acreedores se sumaba la ruptura de relaciones con Francia, por un incidente baladí y la discordia que causaba la incapacidad de los gobiernos de defender con eficiencia al país. Conservadores y federalistas se disputaban el poder, los unos para traer un príncipe europeo y los otros para hacer volver a Santa Anna, que estaba exiliado en Cuba. La Corona española no podía haber elegido peor momento para patrocinar la reinstauración

²⁸ Buchanan a Slidell, 10 de noviembre de 1845. Bosch, *op. cit.*, pp. 613-623.

monárquica en México, proyecto que contaba con el visto bueno de Francia y Gran Bretaña,²⁹ pues la intriga española dejaba a México sin aliados en la guerra que se avecinaba e introducía una causa más de disidencia política en México.

El movimiento militarista dirigido por el general Mariano Paredes despertó esperanzas por su fama de honestidad y eficiencia, pero fue incapaz de sacar a la economía mexicana del marasmo en que se encontraba y la propaganda monarquista que propició, sirvió para unificar los esfuerzos federalistas, hasta entonces divididos.

Mientras en México debatían republicanos y monarquistas, Polk al recibir las noticias del fracaso de Slidell en diciembre de 1845, ordenó el avance de las tropas del general Zachary Taylor hacia el río Grande, es decir, dentro de territorio mexicano o en el peor de los casos **territorio en disputa**. Para marzo de 1846, Taylor había llegado a la boca del río Grande; uno de los oficiales norteamericanos, el coronel Ethan Hitchcock, confiaba a su diario: “no tenemos una partícula de derecho de estar aquí... parece como si el gobierno hubiera enviado una pequeña fuerza para provocar la guerra y tener un pretexto para tomar California”.³⁰

El incidente que Polk ansiaba no tardó en tener lugar y el 25 de abril hubo un tiroteo y algunos muertos en el Río Grande. Taylor envió un mensaje lacónico: “las hostilidades pueden considerarse iniciadas”, que llegó a Washington el 9 de mayo. Polk tenía listo su mensaje de declaración de guerra, al que sólo agregó la frase “sangre norteamericana se ha derramado en suelo norteamericano” y lo envió al congreso. El mensaje hacía un largo recordatorio “los agravios perpetrados por México en nuestros ciudadanos desde hace mucho tiempo” y puesto que había iniciado la guerra, era necesario vindicar el honor, los derechos y los intereses del país.³¹

²⁹ Papeles del Ministro en México, Salvador Bermúdez de Castro, Archivo Histórico Nacional, Madrid. *Estado*, leg. 5869.

³⁰ Ethan Alien Hitchcock, *Fifty years in Camp and Field. Diary of Major General...* Nueva York, Putnam's and Sons, 19 09, p. 213.

³¹ Richardson, *op.cit.*, V, pp. 1382-1414.

Los recursos solicitados por Polk para la guerra fueron aprobados por una enorme mayoría de diputados. En el senado hubo una pequeña oposición a la afirmación, a todas luces falsa, de que la guerra hubiera sido iniciada por el vecino país. A muchos les preocupaba el carácter que tendría la guerra y en especial que el objeto de conquistar territorio extendiera la “institución peculiar”. Pero nadie se atrevió a bloquear los recursos para una guerra que contaba con apoyo popular.

Con toda anticipación se habían dado órdenes a la escuadra norteamericana para ocupar San Francisco y otros puertos mexicanos del Pacífico en cuanto se declarara la guerra, como bloqueo a los puertos del Golfo. Mas difícil era la organización de la invasión terrestre, pues no existían cartas topográficas y cartográficas del interior de México, el servicio autorizado para voluntarios era corto y fue difícil decidir quien debía dirigir el ejército que seguiría la “ruta de Cortés”, de Veracruz a México. Como lo más importante era ocupar Nuevo México y California, se ordenó al general Stephen Kearny, estacionado en Missouri, avanzar en esa dirección, la verdadera meta de la guerra. Finalmente se designó al general Winfield Scott para la invasión del centro.

Una intervención de muchos frentes

Polk deseaba sólo una pequeña guerra, “suficiente para requerir un tratado de paz”, seguro de que la imposibilidad de que México pagara, lo obligarla a ceder territorio. Pero Polk prefería evitar los costos de una guerra, pues sabía bien que cualquier tema podía atizar las diferencias regionales. Por ello había autorizado entablar negociaciones con el general Santa Anna, a través de un agente especial que viajó a La Habana. Según Polk,³² Santa Anna estaba en favor de un tratado que ajustara la frontera entre los dos países en el río Grande y en ceder Nuevo México y California por 30 millones.³³

³² 13 de febrero de 1846 en el *Diario* de Polk, citado por Rives, II, pp. 119-120.

³³ Durante gran parte del siglo XIX el dólar y el peso estuvieron a la par. Fue en la década de 1890 que el peso empezó a devaluarse con la baja continua de la plata.

Santa Anna, que venía preparando su vuelta al poder necesitaba a todas luces poder cruzar a través del bloqueo, lo que lo hizo simular aceptar que facilitaría las negociaciones de paz. Pero el supuesto arreglo con el agente norteamericano trascendió a la prensa mexicana lo que despertó dudas sobre la lealtad del general en jefe del ejército, más tarde presidente de la República, un factor más de desmoralización mexicana.

Las primeras derrotas mexicanas ante las tropas de Taylor en mayo de 1846, terminaron por desacreditar a la administración de Paredes y al ejército mexicano, lo que facilitó el triunfo federalista el 4 de agosto del mismo año. Antes de terminar ese mes, Santa Anna había vuelto a México. De inmediato partió rumbo a San Luis Potosí para organizar la defensa, casi al tiempo que Monterrey caía en manos de Taylor.

La movilización de voluntarios sin entrenamiento, la falta de recursos y escasez y atraso técnico de la artillería, iban a hacer muy sangriento el intento mexicano de defensa. Nuevo México y las Californias estaban prácticamente indefensas y los intentos hechos por sus habitantes contra la invasión, fueron incapaces de evitar que Kearny y la escuadra norteamericana consolidaran la conquista en enero de 1847 y las declarara anexadas.

Taylor enfrentó la mayor resistencia de la guerra cerca de Saltillo, en la Angostura, el 21 y 22 de febrero. Santa Anna se había multiplicado para reunir dinero, armas y hombres; había pensado entrenar sus voluntarios, pero la falta de municiones y acusado de traición por el retardo necesario, decidió avanzar por el extenso semidesierto entre San Luis y Saltillo, sin los debidos abastecimientos, en lugar de dejar a Taylor acometiera la empresa. La derrota desarticuló el ejército mexicano y por ello, en adelante, el norteamericano se enfrentaría sólo a los restos que hicieron intentos desesperados en Churubusco y Chapultepec. En Veracruz y la ciudad de México resistió el pueblo.

Desde los primeros meses de 1847, Polk había nombrado a Nicholas Trist como ministro plenipotenciario para unirse a las fuer-

zas de Scott y estar en todo tiempo dispuesto a negociar la paz. Aunque Santa Anna hubiera querido cumplir con el “compromiso” hecho con Polk, el Congreso mexicano anuló toda posibilidad, al prohibir que el ejecutivo negociara la paz.

La confianza de los norteamericanos en la superioridad de sus instituciones, confió en que muchos estados del norte las preferirían y se separarían, por lo se ordenó favorecer todo intento de secesión. Taylor revivió el viejo intento texano de crear la República del Río Grande. Polk temía a la Iglesia como fuente de resistencia y tramó medidas para neutralizarla, aprovechando el descontento de la Iglesia por las medidas anticlericales del gobierno. Para ello se envió un prominente católico, Moses Beach, para entrevistarse con la jerarquía mexicana, sin que lograra resultados. También se dirigieron proclamas dirigidas al pueblo afirmador que la guerra era contra el gobierno y que

su religión, altares e iglesias, la propiedad de estas y de sus ciudadanos, el emblema de su fe y sus ministros serán protegidos y permanecerán inviolables... En cada ciudad y villa de la Unión, existen iglesias católicas y los sacerdotes desempeñan sus funciones sagradas en paz y seguridad.³⁴

Poco después de iniciada la invasión del ejército de Scott, en junio llegó el comisionado norteamericano Nicholas Trist. El avance se retardó por la necesidad de asegurar la retaguardia amenazada por las guerrillas mexicanas. Trist también tenía instrucciones para hacer ofertas de compra por diversas extensiones de territorio, con un máximo de indemnización de 30 millones. Las adquisiciones prioritarias eran California y Nuevo México, pero se incluía la posibilidad de compra de Baja California y el libre y perpetuo tránsito por el Istmo de Tehuantepec.

A través de los británicos, Trist anunció al gobierno mexicano su presencia e hizo algunos intentos por sobornar a Santa Anna, que

³⁴ Proclama enviada por Marcy a Taylor, 4 de junio de 1846, Rives, *op.cit.*, p. 228.

de nuevo simuló aceptar para ganar tiempo en la organización de la defensa de la ciudad de México. Pero las condiciones financieras y el deplorable estado del ejército era casi imposible, lo que facilitó que a fines de agosto se negociara un corto armisticio, durante el cual tuvieron lugar las primeras pláticas entre Trist y los comisionados mexicanos nombrados por Santa Anna. Para los mexicanos, las exigencias territoriales de Estados Unidos resultaron desproporcionadas y con poco sentido de la realidad se negaban a admitir la frontera del río Grande e hicieron una contrapropuesta en que aceptaban la cesión hasta el paralelo 37o, incluyendo San Francisco, pero no Monterrey y, desde luego, tampoco Nuevo México, exigiendo que Gran Bretaña garantizara la frontera.

Las limitadas facultades de los comisionados mexicanos, las exigencias de Trist y la reacción popular contra el armisticio, rompieron las negociaciones y al reanudarse las hostilidades no tardó en caer la capital de la República. Después de la batalla de Chapultepec era evidente de que se carecía de recursos para defenderla, por lo que Santa Anna decidió ordenar la retirada, no sin antes renunciar a la presidencia. El pueblo hizo los más desesperados esfuerzos por defender su ciudad, pero a pesar de las grandes bajas inflingidas al invasor, la ciudad fue ocupada el 15 de septiembre.

La incertidumbre asaltó a los miembros del gobierno acéfalo en tan terribles circunstancias. Por fortuna, Manuel de la Peña, presidente de la Suprema Corte de Justicia, indicado por la Constitución para suceder al presidente, aceptó el difícil reto y se trasladó a Querétaro. El reconocimiento de los gobiernos de los estados y la reunión del Congreso Nacional que lo respaldaba se logró, a pesar de las diferencias partidistas.

Para entonces no cabía duda de que era una guerra de conquista y no de reparación de “agravios inflingidos por México”, lo que suscitó divisiones regionales en Estados Unidos. Los representantes de los estados antiesclavistas pretendieron que se garantizara que la esclavitud no se extenderla a los territorios conquistados, pero

las victorias estimularon el apetito territorial de los expansionistas, que empezaron a exigir la absorción total de México. Polk también se alucinó y amplió sus ambiciones que ahora incluían los estados deshabitados al norte de la Sierra Madre, por eso, al recibir las noticias del fracaso de las negociaciones de Trist, en septiembre, con el pretexto de que había que esperar a que México fuera el que solicitara la paz, ordenó el regreso de Trist. En su mensaje de diciembre 7, Polk advertía que la testarudez mexicana sólo le ocasionaría mayores pérdidas.

La organización del gobierno provisional y el éxito de De la Peña en imponer su autoridad hasta el grado de arrebatarse el mando del ejército a Santa Anna, animó a Trist a dirigirse al ministro de Relaciones en octubre. Mas cuando éste había nombrado a los nuevos comisionados, llegaron las órdenes de Polk y Trist anunció su partida. Los comisionados mexicanos y el propio general Scott lo instaron a quedarse puesto que las negociaciones podían considerarse iniciadas y existía el peligro de que los partidarios de continuar la guerra, radicales y conservadores, lograran imponerse. Trist vaciló, pero convencido de los deseos de su país de hacer la paz, terminó por quedarse.

Los comisionados mexicanos Bernardo Couto, Luis G. Cuevas y Miguel Atristáin cargaron con la amarga tarea de negociar el ingrato tratado de paz. Media República estaba ocupada, por lo que su misión era salvar lo posible. Trist, ante el problema de haber desafiado órdenes de volver, tenía menos flexibilidad y tuvo que ceñirse estrictamente a las instrucciones originales y exigió la cesión de San Diego, el valle del Gila y la frontera hasta el río Grande. Los comisionados pudieron salvar Baja California y que quedara unida por tierra a Sonora y evitar hacer concesiones sobre Tehuantepec. Preocupación primordial de los comisionados mexicanos fue asegurar los derechos de sus conciudadanos que vivían en las zonas cedidas.

El artículo 5 fijó la frontera entre los dos países de acuerdo al mapa de Disturnell de 1847 que, por desgracia, contenía varios erro-

res que resultaron costosos a México. Los artículos 7 y 9 garantizaban los derechos de los mexicanos que decidieron permanecer en aquellas regiones:

...those who shall prefer to remain in the said territories may either retain the title and right of Mexican citizen, or acquire those of citizens of the United States... In the said territories property of everykind, now belonging to Mexicans now established there, shall be inviolably respected.

Para evitar cualquier duda, el artículo 9 insistía en que los mexicanos que no expresaran mantener su nacionalidad mexicana, adquirirían la norteamericana con

all the rights of the citizens of the U.S. according to the principles of the Constitution... and secured in the free exercise of their religion, without restriction.

El único artículo favorable a los intereses mexicanos fue el 11, que garantizaba protección de la frontera norte de los ataques indígenas. Trist aceptó el compromiso puesto que el gobierno norteamericano había utilizado la incapacidad mexicana para controlar esas incursiones, como argumento para presionar la venta del territorio:

Considering that a great part of the territories which, by the present Treaty, are to be comprehended for the future within the limits of the United States, is now occupied by savage tribes, who will hereafter be under the exclusive control of the Government of the U.S. and whose incursions within the territory of México would be prejudicial in the extreme: it is solemnly agreed that all such incursions shall be forcibly restrained by the Government of the U.S., whensoever this may be necessary and the when they cannot be prevented, they shall be punished by the said Government, and satisfaction for the same shall be exacted: all in the same way, and with equal diligence and energy. as if the same incursions were mediated or committed within its own territory against its own citizens.

El artículo 12 fijó una indemnización de 15 millones, que no pagaba la tierra **conquistada por las armas**, sino que se consideraba como el prorrateo que correspondía a los territorios perdidos, de la deuda exterior adquirida por la nación. El 14 exoneraba a la República Mexicana de todas las reclamaciones “not heretofore decided against the Mexican Government” y el 17 renovaba la vigencia del Tratado de 1831. Se añadían previsiones sobre las salidas de tropas, la anulación de los impuestos que los norteamericanos habían estado cobrando a la población mexicana para el sostenimiento de sus tropas, y la entrega de las instalaciones ocupadas. Para cumplir estas previsiones se nombró una comisión mixta que, en marzo, acordó el cese del fuego.

El tratado fue firmado en la Villa de Guadalupe el 2 de febrero de 1848. Trist lo envió y Polk lo recibió en Washington el 19 de febrero, causándole un gran disgusto pues después de la ocupación de la capital mexicana, consideraba indispensable exigir Baja California, el tránsito de Tehuantepec y tal vez la cesión del norte hasta la Sierra Madre. La lucha política y el hecho de que Trist hubiera seguido las instrucciones originales y disminuido el monto de la indemnización, lo decidió a enviarlo al senado sin recomendación. Señaló también que el artículo 10 se refería a concesiones de tierra en Texas después de la independencia de esa provincia. Para el 10 de marzo, después de pequeños cambios y eliminar el artículo 10, el senado lo aprobó por considerable mayoría.

La situación del gobierno mexicano era más delicada. De la Peña no quiso someter el texto del tratado hasta que fuera aprobado por los Estados Unidos. El radical Manuel Crencio Rejón lanzó un duro ataque, al tiempo que los monarquistas se preparaban para un gran movimiento político, que no tuvo éxito. En el nuevo congreso, reunido el 7 de mayo, sometió el Tratado De la Peña, con un sencillo discurso, en el que recordó las terribles circunstancias en las que se habían llevado a cabo las negociaciones y la importancia de haber salvado “la nacionalidad del país” y sus instituciones.

El que quiera calificar de deshonroso el Tratado de Guadalupe por la extensión del territorio cedido, hará esos cargos a las primeras naciones, y no resolverá como podrá terminarse una guerra tan desgraciada... Yo no quiero ocultar ...el sentimiento profundo que me causa la separación de la unión nacional de los mexicanos de la Alta California y del Nuevo México; y quiero dejar consignado un testimonio del interés con que mi Administración ha visto a aquellos ciudadanos... su suerte futura ha sido la dificultad más grave que he tenido para la negociación.

Además de la desmoralización y depresión colectiva que sufría el país, la amenaza de un levantamiento militar, la guerra había propiciado sublevaciones indígenas, sobre todo en la península de Yucatán. El congreso pareció comprender la responsabilidad que enfrentaba y el tratado fue ratificado. El 30 de mayo se intercambiaron en Querétaro las ratificaciones con los senadores norteamericanos A.H. Sevier y Nathan Clifford y el ministro de Relaciones Exteriores mexicano, Luis de la Rosa.

El tratado fue decisivo para los dos países. Para los Estados Unidos el tratado significó el medio para consolidar los sueños de sus fundadores de convertirse en una potencia continental. Para México significó la renuncia al brillante destino que parecía prometerle su gran territorio y la prosperidad y poder que había tenido el Reino de la Nueva España. La amarga realidad obligó a sus habitantes a definir sus proyectos de nación y a reorganizarse. Además, la guerra permitió una ampliación de la conciencia nacional que fortalecería al país y enfrentara con mayor éxito el embate imperialista francés en la década de 1860. En este sentido podríamos decir que la guerra permitió despertar a la nación, un resultado que hasta ahora no hemos podido reconocer.